

Santiago en tres tiempos

Hernán Neira

Primer tiempo: ideal e invención

En la época de Carlos V los planificadores de la corte diseñaron la estructura de las ciudades americanas antes de que fueran fundadas. Por ello, no es de extrañar que, a pesar de las diferencias geográficas y climáticas, así como los años que separan el origen de una respecto del de la otra, muchas de las ciudades americanas siguieran un mismo esquema. La Ordenanza II de 1523 decía:

«En la Costa el Mar sea el sitio levantado, sano, y fuerte, teniendo consideracion al abrigo, fondo y defensa del Puerto, y si fuere posible no tenga el Mar al Mediodía, ni Poniente; y en estas, y las demás poblaciones la Tierra adentro, elijan el sitio de los que estuvieran vacantes, y por disposición nuestra se pueda ocupar, sin perjuicio de los Indios, y naturales, ó con su libre consentimiento: y cuando hagan la planta del lugar, repártanla por sus plaza, calles y solares a cordel y regla»¹.

Las ciudades de América responden, por lo tanto, a un modelo ideal, modelo nada ajeno al que motivó varias de las empresas de conquista, donde el mito es punto de partida de iniciativas reales y después, éstas mismas, convertidas en leyenda, se transforman en mitos². El modelo de ciudad reproduce el modelo que separa la metrópoli de las colonias, con un descenso de jerarquía a medida que va desde el centro a la periferia. Así, en el centro de Santiago, en torno a la plaza, se encontraban las sedes del poder político y del poder eclesial, disminuyendo la jerarquía de solares y construcciones a medida que se incrementaba la distancia hacia el exterior. No cabía la agricultura en ellas, ni siquiera de

¹ Recopilación de leyes de indias de los reynos de las indias, *Tomo Primero, Cuarta Impresión, Madrid 1791. Edición facsimilar publicada por Gráfica Ultra, Madrid, 1943, Ordenanza 11, 1523; El emperador D. Carlos, D. Felipe II, Carlos II; contenida en libro 4, título 7, j.*

² Véase Ainsa, *Fernando, Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares. Metamorfosis de un mito. Alianza Universidad, Madrid, 1992.*

subsistencia familiar, porque la agricultura debía ser practicada, con fines mercantiles, por los indios, y las chacras familiares se encontraban fuera de la ciudad. Entre los planificadores todavía está vigente el modelo medioeval de ciudad amurallada, que cobra nueva vigencia porque los indios carecen de los cañones que en Europa hicieron perder eficacia defensiva a los muros. Ahora bien, en la medida en que las nuevas urbes dependían de una producción agrícola externa, dependían también de la capacidad político-militar de obtener trabajo campesino indígena.

Con ese contexto como trasfondo, Diego de Almagro llegó a Chile en 1536, sin poder satisfacer ninguno de los aspectos que exigía el ideal de conquista ni tampoco sus ambiciones personales. Regresó al Perú con su expedición diezmada por el hambre, la sed, indios hostiles y ausencia de metales preciosos. Desde entonces Almagro dio la peor fama al país. Cuando cinco años más tarde, en Perú, Pedro de Valdivia invitó a unirse a una nueva expedición para ir a Chile tuvo grandes dificultades para convencer a sus hombres y para reunir el dinero. Por eso escribe:

«no había hombre que quisiese venir a esta tierra, y los que más huían della eran los que trujo el Adelantado don Diego de Almagro, que, como la desamparó, quedó tan mal infamada que como de la pestilencia huían della; y aun muchas personas que me querían bien y eran tenidos por cuerdos no me tovieron por tal cuando me vieron gastar la hacienda que tenía en empresa tan apartada del Perú y donde el Adelantado no había perseverado» (A Carlos V, La Serena, 4/9/1545).

Pedro de Valdivia tendrá que hacer un doble esfuerzo para revertir la situación: por un lado sobreponerse al mito negativo y, por otro, conquistar efectivamente la tierra. Valdivia, siguiendo una ruta más favorable que la de su antecesor, es decir, recorriendo a lo largo el desierto de Atacama en lugar de llegar a Copiapó por Los Andes, llega al río Mapocho a principios de 1542. Se trata de un valle de clima benigno, bien regado, con tierras cultivables, apto para la vida humana y no difícil de defender. Consigue, además, el sometimiento de las tribus aledañas sin grandes esfuerzos, aunque, como se verá, será una paz superficial. El terreno es plano, lo que facilita seguir las ordenanzas sobre el establecimiento de ciudades y traza «a cordel y regla», como mandan, un plano trapezoidal de ocho por nueve calles que encierran 72 solares con lado de 115 metros, de igual superficie, a su vez subdivididos en

diversas propiedades. Pedro de Valdivia considera que Santiago (situada en el paralelo 33°) será la base de nuevas incursiones hacia el sur (la ciudad más austral por él fundada, Valdivia, está en el 39°).

Pero la bonanza no dura demasiado. Se produce una sublevación indígena y, mientras Valdivia sale a sofocarla, Santiago es atacada e incendiada. A último momento la ciudad se salva por iniciativa de Inés de Suárez, concubina del gobernador, quien, cuando la población está a punto de rendirse, convence al lugarteniente Alonso de Monroy de degollar a siete caciques que Valdivia había hecho retener y arrojar sus cabezas a los indios. Esto produjo terror en los nativos y facilitó el éxito de la carga final, en que la propia Inés participó, con lo cual se da inicio a dos mitos: el de Inés de Suárez, personaje de novelas posteriores, y el de la ciudad que se reconstruye tras cada destrucción. Valdivia describe este último hecho así:

«Hízome Alonso de Monroe saber a la hora la victoria sangrienta que habían habido, con pérdida de lo que teníamos y quema de cibdad y comida. Di la vuelta a la hora y, pareciéndome era menester ánimo y no dormir en las pajas, todos los cristianos, con ayuda de las anaconcillas, redificamos la cibdad de nuevo, y entendía en sembrar y criar como en la primera edad, con un poco de maíz que sacamos a fuerza de brazos, y dos almuerzas de trigo, y salvamos dos cochinitas y un porquezuelo y una gallina y un pollo; y el primer año se cogieron de trigo doce hanegas» (a Hernando de Pizarro, La Serena, 4/9/1545).

«Como en la primera edad»; tal como ha mostrado Aínsa, esa edad dorada que existió en un tiempo y espacio míticos juega un papel fundamental en la representación que los europeos tienen de América y en la motivación para iniciar empresas de conquista o perseverar cuando aquellas en que están no rinden los frutos esperados. No debe pensarse que ese «como en la primera edad» se debe sólo a la situación de escasez accidental (ataque indígena), ya que en el fondo la escasez es la situación natural de la conquista, en la que se llevan un puñado de trigo y unos pocos animales con la intención de reproducirlos en la tierra de acogida y contribuir, así, a reproducir el tipo de vida europeo. Nótese cómo se multiplican los alimentos en el suelo agrícola de ciudad, pues las dos almuerzas (es decir, lo que cabe en dos puños de mano) se transforman, con los brazos, en ¡doce hanegas! (volumen de 600 litros, aproximadamente).

El Santiago descrito-inventado de Valdivia, por tanto, es una ciudad donde el ideal de conquista se cumple a carta cabal: la dificultad se

transfigura en milagro. Poco años más tarde después del desastre , dirigiéndose al emperador Carlos V, escribe:

«Certifico a vuestra Majestad que, después que las Indias se comenzaron a descubrir hasta hoy, no se ha de descubierto tal tierra a vuestras Majestades: es más poblada que la Nueva España, muy sana, fertilísima e apacible, de muy lindo temple, riquísima en minas de oro, que en ninguna parte se ha dado cata que no se saque; abundante de gente, ganado e mantenimiento; gran noticia, muy cerca, de cantidad de oro sobre la tierra, y en ella no hay otra falta si no es de españoles y caballos. es muy llana, y lo que no lo es, unas costezuelas apacibles» (a Carlos V, Concepción, 15/10/1550, p. 156).

«Unas costezuelas apacibles»; lo dice el hombre que ha llegado a Chile, nueve años, tras cruzar dos mil kilómetros de mesetas desérticas y otros dos mil donde los cerros llegan directamente al mar, sin valles longitudinales, porque el primer valle que corre de Norte a Sur se inicia justamente en Santiago. Hasta entonces, todo lo que han visto son ríos, en realidad estrechos torrentes de temporada, transversales al sentido de la marcha, es decir, de la cordillera al mar. Sí, unas «costezuelas» le llama Pedro de Valdivia a la cordillera de los Andes.

En su correspondencia, Pedro de Valdivia inventa un país y una ciudad mítica que, por una parte, borra el mal recuerdo dejado por los relatos de Almagro y, por otro, identifica la recién fundada Santiago con un mito arcaico que, a la vez, es utopía futura. Inserta en un mito de carácter utópico, Santiago «entra en razón», en la razón místico-teológica del siglo XVI, donde lo real y lo imaginario se mezclan en un *topos* cuya naturaleza es difícil de definir y que dará lugar a un amplio desarrollo³.

Santiago, por tanto, fue inventada doblemente en sus momentos iniciales. Por un lado, el invento se da en las ordenanzas, que prescriben minuciosamente cómo distribuir el espacio y elegir el emplazamiento a fin de que se cumpla un ideal utópico de construcción y población⁴. Si bien las ordenanzas no dicen «hágase ésta u otra ciudad, o emplácese aquí o allá», fija el campo de posibilidades en que pueden existir las ciudad legalmente y somete a un esquema, ya sea a la voluntad, ya

³ Sobre el tema del *topos* y de la representación literaria de las ciudades americanas véase Ainsa, Fernando; *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2002.*

⁴ Todo el título 7 del libro cuarto de Recopilación de leyes de Indias ya citada se refiere a la disposición de las ciudades, incluyendo detalles como la orientación en relación con el viento, el sol, etc...